



## “Reflexiones teológicas sobre la Misión “hoy”

*José Cristo Rey García Paredes, cmf*  
(Catedrático Teología de Vida Religiosa  
Instituto Teológico de Vida Religiosa - UPSA  
cmfxr@hotmail.com)

Continuamos ofreciendo los artículos del mes para la formación permanente y en esta ocasión, por ser octubre el mes misionero por excelencia, queremos abrevar del pozo de una reflexión misionológica que nos vuelva a enlazar con esta dimensión esencial de nuestra vocación religiosa.

El autor nos propone construir una teología y práctica de la misión, que arraigadas en la comunión desbordante del Dios trinitario e inspiradas en su acción misionera constante, asuma los nuevos contextos y desafíos a partir del dialogo y el servicio. Nos presenta diferentes enfoques paradigmáticos -con sus contribuciones y alcances- que hoy atraviesan a la reflexión eclesial en general y, de un modo particular, a la vida religiosa.

Finalmente, somos conducidos a plantearnos la “misión compartida” en claves de comunión y participación desde una nueva eclesialidad, lo cual implica envolvernos en un proceso de conversión y de transformación continua.

*Este artículo intenta contribuir a focalizar adecuadamente el tema de “la misión”. La Iglesia ha recorrido un interesantísimo camino en estos casi cincuenta años desde que se inició el Concilio Vaticano II hasta hoy. En este tiempo se ha dado un gran cambio en la comprensión de la misión de la Iglesia, yo diría que un cambio de paradigma. La misión es una piedra de toque para la comunión o la división en la Iglesia.*

Focalicemos nuestra atención en la “misión”. Tomemos conciencia de lo que “misión” significa para nosotros. Para ello la reflexión tendrá tres partes:

- I. En el maremágnum de los significados de la palabra “misión”.
- II. La “missio Dei”, ante todo y lo que ella implica.
- III. La misión de la Iglesia: el sujeto y el modo.

### I. EN EL MAREMAGNUM DE SIGNIFICADOS DE LA “MISIÓN”

En principio parece que todos estamos de acuerdo en lo que “misión” significa y en su centralidad. Sin embargo, detrás de la palabra hay formas diversas e incluso contrapuestas de entenderla. Esto genera entre nosotros desacuerdos importantes y tensiones.

#### 1. Los diversos significados en tensión

Nada extraño que se muestren dentro de un Instituto religioso o dentro de la misma comunidad cristiana. Voy a poner algunos ejemplos:

- Hay personas para quienes la misión es, ante todo, jerárquica: consiste en la realización de un envío, una encomienda, que proviene de un líder o un grupo dirigente: se suele expresar así: “donde me manden los superiores”, “enviado por la comunidad”.
- Otras personas entienden la misión en clave

político-social y revolucionaria: consiste en la realización de un envío, una encomienda que proviene de las urgencias que propone la causa de los pobres, los excluidos, aquellos a quienes no se hace justicia: se suele expresar así: “misión como opción por los pobres y su liberación”.

- Hay personas que entienden la misión, ante todo, en clave religiosa y confesional: expandir la religión, la fe, transmitir su doctrina, invitar a integrarse en la comunidad de los creyentes, crear comunidades. La misión recibe los adjetivos de “religiosa”, “evangelizadora”, “sacramentalizadora”, “litúrgica”, “espiritual”.

- Otras personas entienden la misión en clave carismática: para ellas la misión de la Iglesia consiste en promover la renovación en el Espíritu y sanación a través de oraciones y confianza absoluta en el poder del Señor; para ellas la misión se ha de realizar espontáneamente, sin estructuras, guiados por aquello que la realidad pide en cada momento.

- Hay, finalmente, diversas formas de entender la misión en cuanto a la forma de realizarla: “contra gentes”, “ad gentes”, “inter-gentes”, trans-. O hay quienes creen que lo fundamental es la “misión pastoral”.

Las diversas formas de entender la misión pueden ser una de las causas de nuestros desacuerdos intracongregacionales o intraeclesiales. La misión debería ser principio de unidad; pero visiones contrapuestas la convierten en principio de división.

## 2. Cómo entender la Misión desde nuestra Revelación

La misión no consiste, ni debe consistir en aquel contenido que cada uno de nosotros, según su propia visión, le atribuye. Ante todo, hay que atenerse al significado de la palabra para no desvirtuarla: y la palabra “missio”, “missus” se refiere propiamente a aquella “tarea que una persona realiza por mandato o encomienda de otra”. Solo en sentido impropio se puede hablar de aquella misión que uno descubre para sí y en la cual uno mismo es el que envía y el enviado. El concepto propio de misión implica la obediencia, la dependencia de otro.

La “misión” en sentido cristiano, teológico, es aquella que viene de Dios; es la tarea que Dios confía a los seres humanos. Es Dios quien la llena de contenido, quien la determina. Consecuencia de este sencillo principio es que la misión debe responder siempre a “la voluntad de Dios”, a su proyecto, y no a nuestra voluntad autónoma, sin referencia a la suya.

La “misión” en sentido cristiano, teológico, es aquella que responde a la voluntad y al proyecto de Dios en un determinado tiempo y lugar. La voluntad de Dios no está desconectada de lo que sucede en el tiempo y en el espacio. Por eso, no basta interpretar su voluntad a partir de la Revelación -la Escritura y la Tradición-; sino que hay que descubrir los signos de los tiempos y los lugares.

Para recuperar el auténtico concepto de misión hemos de volver -por una parte- a las fuentes de la Revelación y poner nuestra mirada -por otra- en el espacio y el tiempo en que nos encontramos.

## II. ANTE TODO, “MISSIO DEI”

La misión -tal como nosotros la entendemos a partir de la Revelación y de la fe- es, ante todo, “missio Dei”, es decir, la misión que tiene a Dios mismo como protagonista, como iniciador [1].

### 1. La Tri-unidad misionera

Nuestros hermanos protestantes lo entendieron explícitamente antes que nosotros. Dios se nos ha revelado como un Dios “misionero”, como una Tri-unidad misionera. Es una característica única dentro del mundo de las religiones. Bien lo sabemos. La identidad de Jesús consiste en ser “el enviado del Padre”. Lo repite una y mil veces el Evangelio de Juan, sobre todo. La misión brota de las entrañas de Dios Padre, que envía al Hijo al mundo. Jesús es, para nosotros, al mismo tiempo Hijo de Dios y Enviado de Dios. La carta a los hebreos llama explícitamente a Jesús el “Apóstolos”, es decir, el Enviado. La vida de Jesús consistió por lo tanto en el despliegue, desarrollo y culminación de la misión que había recibido. Por eso, su único deseo era cumplir la voluntad de Aquel que lo

había enviado, realizar su obra, no hacer nada por su cuenta. Jesús es el auténtico paradigma de toda misión. No tiene un proyecto personal, sino que su proyecto está siempre en estado de dependencia. Cuando la gente entusiasmada por el milagro de la multiplicación de los panes quiere hacerlo rey, Jesús huye, se recluye en el Abbá en oración y la gente, y también sus discípulos, lo abandonan y lo dejan solo orando en el monte.

Pero la misión de Jesús tuvo un final: “Todo está consumado”. El viernes santo es el día último y límite de la misión. Pero no es el día en que concluye la “missio Dei”. Jesús lo había prometido a sus discípulos: “No os dejaré huérfanos, os enviaré el Espíritu que procede del Padre”. La muerte de Jesús da paso al envío del Espíritu Santo [2]. Mientras Jesús subió al cielo, estuvo de pie a la diestra de Dios, se sentó a la derecha del Padre, el Espíritu fue enviado a nosotros para permanecer siempre con nosotros. El Espíritu Santo está en permanente misión. No es una misión alternativa a aquella de Jesús. Es la misión que hace memoria, que lleva a cumplimiento, que hace posible todo lo que se inició y se prometió.

Tiene al mismo Dios triunfo como principal sujeto. Fue el Hijo, Jesús, el enviado del Padre. Él es el prototipo de toda misión. El cuarto evangelio interpreta la vida de Jesús como “misión” que viene de Dios Padre y que Jesús va realizando en estrechísima comunión con su voluntad. Es también el cuarto Evangelio el que revela cómo a la misión del Hijo sigue, sin solución de continuidad, la misión del Espíritu. El nuevo testamento confiesa que Jesús subió al cielo y está

sentado (e'kaçqisen) a la derecha del Padre (Heb 1,3). Estamos en el tiempo de la “missio Spiritus”. El Espíritu hace “memoria” de Jesús, lleva adelante la “missio Dei” y es el alma, el gran sujeto de la “missio Ecclesiae”. Todas las personas que formamos parte de la Iglesia somos llamadas a participar en la misión del Espíritu, que se vuelve “epifánica” en los carismas (*hJ fane÷rwsiß touv pneu/matoß*, los define Pablo en 1 Cor 12,7) que energizan a la iglesia.

La “missio Dei” que ahora se realiza como “missio Spiritus” es la clave para entender la misión de la Iglesia y de la humanidad y del mundo. Ella es el quicio sobre el que todo gira, el núcleo que todo sostiene. La misión de la Iglesia, de la comunidad de Jesús, es una extensión de la misión del Espíritu. A través de la Iglesia, como cuerpo de Cristo Jesús, el Espíritu lleva adelante la misión. Para eso, concede a todos y a cada uno su propio don, para eso quiere que todos los carismas sean reconocidos, valorados y puestos en práctica. Es más, el Espíritu Santo no restringe el número de sus colaboradores: habla a través de los profetas, tanto de la profecía cristiana, como de la profecía religiosa, como de la profecía secular. Actúa a través de tantos seres humanos -sin discriminación- que han recibido sus dones y consciente o inconscientemente los ponen a su servicio. Pero el Espíritu nunca actúa en quienes colaboran con Él con violencia. “Donde está el Espíritu allí está la libertad”. Por eso, no fuerza y de ahí que sea muy fácil “contristar al Espíritu” en ese juego de libertades en el cual renunciamos a la docilidad e intentamos imponer nuestra propia voluntad.



## 2. Cuando en la misión el protagonismo no es del Espíritu...

Tengo, por ello, la impresión de que tanto la "missio Ecclesiae" como la "missio mundi" adquieren frecuentemente un excesivo protagonismo y se sobrepone a la "missio Dei". Dicho de otra manera, es muy fácil deslizarse desde la dependencia de Dios en la misión, a la autonomía o independencia; desde buscar únicamente la voluntad y el proyecto de Dios a imponer nuestra propia voluntad y proyecto. El Dios que se nos ha revelado es creador de espacios de libertad, de autonomía, de procesos que se autogestionan. A esto lo llamamos leyes de la naturaleza, procesos de azar, o libertad humana. El poder de Dios se muestra en su capacidad de crear la libertad y en su humildad para retirarse cuando el querer humano se lo exige; tenemos la capacidad de entristecer al Espíritu Santo, como nos dice la carta a los Efesios. Por eso, allí donde hay un pacto entre Dios y el ser humano, el pacto puede fracasar por una de las partes. Y la misión ¡es un pacto de colaboración mutua!

Por eso me pregunto:

- ¿Está maniatado el Espíritu de Dios? ¿Se encuentra con espacios acotados en los que no se le permite entrar? ¿Se encuentra con muchas prohibiciones a lo largo y ancho del planeta?

- ¿En su misma casa, puede hacer lo que quiere, le es permitido llevar adelante su proyecto, cuenta con colaboradores atentos? ¿O basta que proponga una cosa, sueñe con algo, para que inmediatamente se encuentre con un "no" que lo bloquea y lo echa para atrás?

Todas estas preguntas se me ocurren cuando pienso en la misión. No suele ser frecuente encontrarse con personas o grupos con una explícita "mística de misión", conscientes de que han sido enviadas para realizar no su voluntad, sino la de Otro. Hacemos fácil y alegremente proyectos de misión, de pastoral, nos implicamos en un montón de actividades. Pero la cuestión de fondo es:

- ¿contamos con nuestro Dios? ¿Consultamos a Dios? ¿Realizamos el proyecto -diría yo exageradamente- bajo su dictado?

- O ¿más bien nos limitamos a pedirle al final que bendiga "nuestros" planes, o simplemente "que nos ayude"?

La cuestión es muy seria. De una u otra respuesta depende que estemos "en pista" o "despistados", corriendo bien o corriendo en vano. La misión puede convertirse en "idolátrica" en menos de un tris: aunque lleve el nombre de Dios, puede ocurrir que a partir de un determinado momento ya no esté el Espíritu Dios en el puesto de mando.

Yo sé que la buena voluntad puede suplir la falta de conocimiento; que uno puede estar "en la honda de Dios" aunque no siempre sea consciente de ello. Pero es una pena, que discípulos y discípulas de Jesús nos olvidemos de que nuestra más preciosa identidad consiste en "ser elegidos y enviados a evangelizar" y para ello hemos quedado unidos por el Espíritu Santo. No somos trabajadores que han encontrado trabajo, ni empleados de una empresa que cumplen su contrato. Somos el grupo que busca al Señor y sólo desea cumplir su voluntad, realizar la misión que él nos confíe. Ser conscientes de esto ilumina nuestra identidad y potencia nuestro compromiso.

Supongamos, por un acaso, que de repente nos diéramos cuenta de que parte de la actividad que lleva entre manos la Iglesia y dentro de ella cada una de nuestras comunidades, movimientos o personas, está al margen de la misión, que de enviados de Dios hemos pasado a ser autónomos. Supongamos que los obreros están trabajando, pero no en la mies, sino fuera de ella o que han sido enviados a la viña de Dios y se han comprometido con otra.

## 3. La misteriosa voluntad se llama "missio Dei"

¿Cómo puede conocer la voluntad del Señor quien apenas conecta con Él, quien no hace su tarea en "obediencia permanente", quien no busca apasionadamente las señales de su voluntad? Pero a esto se añade otra pregunta: ¿quién puede atreverse a decir que conoce la misteriosa voluntad de Dios?

La oración del padrenuestro ilumina nuestra inquietud. En ella Jesús nos exhorta a exclamar:

"¡Abbá, hágase tu voluntad!", o lo que es lo mismo "¡haz tu voluntad! Hay gente hospitalaria, tan hospitalaria, que atosiga al huésped tratando de ofrecerle lo mejor: "toma ésto.... siéntate aquí... vete allá... duerme hasta... no te levantes..."; quien acoge impone al huésped-en este caso- su buena voluntad. Otra cosa sería que simplemente le dijera al huésped: "¡toma posesión de tu casa, haz en ella lo que te plazca". Esta segunda actitud es la que se muestra en la petición del Padrenuestro. Invitamos a nuestro Dios a que cumpla su voluntad aquí en la tierra, como ya la cumple en el cielo.

No nos pide Jesús que nos comprometamos a hacer la voluntad de Dios. Ni siquiera nos invita a conocer la voluntad de Dios. Sólo nos pide que le dejemos actuar y que pueda realizar su querer su limitaciones. Jesús nos pide realizar un acto de entrega, de absoluta disponibilidad, para permitir al Abbá cumplir en nosotros, en el mundo, su voluntad. Ese "fiat voluntad tua" suena a acto creador -pero que cuenta con la libertad humana-. El "fiat voluntas tua" puede también expresarse como "fiat missio tua!" "hágase tu misión". El Padrenuestro nos invita a crear espacios de buena voluntad donde nuestro Dios pueda cumplir su voluntad.

#### **4. Participar en la "missio Dei" requiere un pacto de colaboración**

El querer de nuestro Dios va en una dirección muy clara: llevar adelante la misión de su Hijo Jesús. Y como el Hijo subió al cielo y está sentado a su derecha, envió al Espíritu Santo. La voluntad del Abbá es que el Espíritu Santo lleve a culmen la misión de Jesús. Desde hace tiempo hablamos, tanto los hermanos y hermanas de la Reforma como nosotros, de "missio Dei", la misión que tiene a Dios como gran protagonista. En esta misma línea la teología escolástica hablaba de las "misiones divinas". La verdad es que desde el día de Pentecostés el Espíritu está en misión, ha sido enviado por el Abbá y el Hijo resucitado y está presente y actúa en toda la tierra. Él lleva adelante y a cumplimiento la misión de Jesús, que como el Padre está en el cielo. El Padre y el Hijo están presentes entre nosotros "en el Espíritu".

Pero la misión del Espíritu se realiza a partir de un gran pacto de colaboración misionera. El día de Pentecostés el Espíritu quiso contar con todas las personas sobre quienes se posa o a las que unge. El Espíritu nos sella, nos marca, para la misión y hacer posible la llegada del día de la redención. El Espíritu nunca actúa solo, sino que moviliza a otros, por eso, cuenta con miles y miles de colaboradoras y colaboradores. En ellos se expresa. Utiliza los más variados carismas para llevar adelante y a cumplimiento la misión del Hijo, confiada por el Padre. El Espíritu nunca da la cara, nunca aparece, pero está en todo, siendo el gran protagonista de la Misión, el gran dinamizador, el gran unificador. "La misión es una", dijo el concilio Vaticano II en el decreto "Apostolicam Actuositatem", número 2. La misión es la misión del Espíritu Santo. De la misión del Espíritu nace la Iglesia. La misión es la madre de la Iglesia. De la misión del Espíritu nace cada iglesia particular, cada congregación, cada comunidad. Pero, eludiendo todo primer plano, el Espíritu actúa a través de múltiples ministerios, servicios, carismas. ¡Ese es el magnífico pacto de la misión!

En ese magnífico pacto de misión encontramos algunas tareas en las que hemos de comprometernos. El Sínodo General de la Iglesia de Inglaterra de 1996 resumió adecuadamente estas tareas misioneras en las siguientes cinco: 1) Proclamar el Evangelio del Reino de Dios; 2) enseñar, bautizar, alimentar a la Iglesia con nuevos creyentes; 3) responder a las necesidades humanas a través del servicio del amor; 4) buscar la transformación de las estructuras injustas de la sociedad; 5) ocuparse de la salvaguardia e integridad de la creación y sostener y renovar la vida del planeta tierra [3].

#### **5. La misión es espiritualidad**

Concibo la espiritualidad como sensibilidad, ductilidad, porosidad, docilidad, abandono consciente y libre, ante la presencia y acción del Espíritu Santo. Espiritualidad es dejarse mover, llevar, e-mocionar, con-mocionar, activar. Y es, entonces, cuando de verdad se nos revela algo de la misteriosa voluntad de Dios, es entonces cuando nuestros pensamientos y planes se diluyen ante los proyectos de Dios, como la nieve ante la luz y el calor del sol.

No se está en la línea de la misión simplemente porque algo se pone de moda, o porque cuenta con el aplauso de la progresía. Los profetas colaboran con el Espíritu sufriendo profundas alteraciones en su forma de pensar, de sentir y de actuar. No es voluntad de Dios simplemente aquello que cuenta con más votos o con mayor consenso, ni tampoco aquello que parece que se establece en el "no" permanente a lo que desean las mayorías. Quien busca la voluntad de Dios y, sobre todo, quiere estar en sintonía con ella, no es un fundamentalista que todo lo sabe, ni un escéptico a quien todo le da igual: es una persona mística que se deja modelar, llevar y a quien no le importa equivocarse con tal de seguir en la dirección marcada por Dios.

Sí. La misión es espiritualidad. Y la espiritualidad es misión. Es vivir en el Espíritu. Actuar desde el Espíritu. Moverse en el Espíritu. Es el Espíritu del "Fiat" quien realiza la voluntad del Padre. Es ser "contemplativos en la misión" y "misioneros en la contemplación" [4].

Tengo la confianza segura de que en todo tiempo y lugar, el Espíritu Santo, nuestra Santa Ruah, actúa, conduce la historia, hace presente el Reino. Pero solo las personas movidas por él tienen ojos y ven, oídos y oyen, manos y actúan.

Queda ahí la advertencia de la carta a los Efesios: "¡No entristezcais al Espíritu Santo, con el que fuisteis sellados para el día de la redención!" (Ef 4, 30).

### III. LA MISIÓN DE LA IGLESIA: "AD GENTES", "INTER GENTES", TRANS-

La misión de la Iglesia debe ser repensada hoy y de hecho está siendo así. Wilbert R. Shenk se atrevió a escribir hace ya 10 años que hoy se hace necesaria una "reconceptualización de la teología de la misión desde dos ángulos: desde un punto de vista formal la teología de la misión es el esfuerzo por comprender e interpretar la "missio Dei" a la luz de la Escritura, la experiencia de la Iglesia en misión a través de la historia, y el contexto actual socio-político para orientar a la Iglesia en el cumplimiento de su vocación misionera. Sin embargo, no hay claridad en cuanto al contenido de la misión. Hay



que sacar a la teología, y también de la misión, de su cautividad occidental. La teología debe ser reconceptualizada a partir de la luz que una fe cristiana global, mundial. Las Iglesias de Asia, de África, de América Latina son nuevos centros misioneros. La misión es hoy pluricéntrica y no más eurocéntrica [5]. Hay autores, especialmente asiáticos, que han pensado la misión en nuevas claves [6].

#### 1. "Missio ad gentes" – "missio ad pauperes"

En la encíclica Redemptoris Missio (RM), Juan Pablo II define la "missio ad gentes" como la misión dirigida a los pueblos o grupos que todavía no conocen a Cristo, que se encuentran alejados de Él, o en los que la Iglesia no ha arraigado todavía... y aquellos cuya cultura no ha sido todavía influenciada por el Evangelio" (RM 34). En otras palabras, en su definición la "missio ad gentes" está dirigida a los no-Cristianos:

La peculiaridad de esta misión ad gentes está en el hecho de que se dirige a los "no cristianos". Por tanto, hay que evitar que esta "responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia", se vuelva una flaca realidad dentro de la misión global del Pueblo de Dios y, consiguientemente, descuidada u olvidada. Por lo demás, no es fácil definir los confines entre atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados. No obstante, es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio y por la fundación de nuevas Iglesias en los pueblos y grupos humanos donde no existen, porque ésta

es la tarea primordial de la Iglesia, que ha sido enviada a todos los pueblos, hasta los confines de la tierra. Sin la misión ad gentes, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental y de su actuación ejemplar” (RM, 34).

En este modelo la proclamación del Evangelio tiene la precedencia. También en ese modelo se ha puesto muy de relieve al aspecto de la caridad. La que podíamos llamar “missio ad pauperes”. La Misión ad gentes se ha identificado con la misión hacia los países más pobres, considerados como países de misión. Aquí la proclamación del Evangelio ha ido muy unida a proyectos de ayuda a los más pobres, de solidaridad, de luchas con ellos para su liberación. Pero también la Iglesia aparecía como la portadora de la verdadera humanidad. El sujeto de este modelo de misión es toda la Iglesia, pero desde la bases, las personas que se entregaban generosamente y a veces -al margen de la jerarquía- a la opción por los pobres.

Es un modelo que ha arraigado en una Iglesia de Cristiandad, cuya pretensión ha sido convertir a toda la sociedad en sociedad cristiandad. Por eso, es una misión que intenta abrir un camino a la aceptación del cristianismo por parte de los no-cristianos. En este modelo de misión “ad gentes” se incluyen ciertamente el testimonio y el diálogo, pero lo que tiene precedencia es la explícita y verbal proclamación de Jesucristo.

## 2. El paso a la misión “inter gentes”

En contraste con el modelo “ad”, la federación de las conferencias de obispos de Asia, propone superar el modelo de “missio ad gentes” e instaurar el modelo de “missio inter gentes” para ofrecer un modelo más encarnatorio, menos deductivo, menos lineal [7]. Se trataría de ver el pluralismo religioso no como algo que debe ser combatido y superado, sino como aquello que define el panorama o paisaje de Asia; esto no implica la renuncia a la proclamación del Evangelio [8].

- El neologismo “missio inter gentes” expresa en los obispos asiáticos su estrategia misionera. Con ella se quieren desmarcar de otras formas de entender la misión ya desacreditadas. El

término “missio inter gentes” fue propuesto por vez primera por William R. Burrows [9].

- Se puede decir que la visión misionológica preferida por los obispos de Asia es el de la “misión entre las naciones” (Missio inter gentes) poniendo el énfasis en la solidaridad y armonía con los pueblos de Asia, teniendo en cuenta su diverso y plural Sitz im Leben. La misión entendida como un ser enviados fuera no resulta ya útil, no solo porque -según palabras de Donal Dorr- la expresión está muy vinculada a un modelo de Iglesia puramente institucional y jerárquico, sino también porque sugiera que la misión es una actividad monodireccional que no tiene en cuenta la previa acción del Espíritu de Dios en el mundo, en las religiones, en el mundo secular” [10].

- La expresión tradicional “Missio ad gentes” se centra en el porqué, qué y quién: justifica la necesidad de misión y su contenido y se articula desde la perspectiva de los misioneros que llegan a los todavía no bautizados. La expresión “missio inter gentes” centra la atención en el cómo realizar la misión, lo cual presupone y a la vez modifica el porqué, el qué y el quién.

- Donde más se percibe la diferencia entre los dos modelos es en la forma de abordar el pluralismo religioso. El acercamiento a él en la misión ad gentes es poco respetuoso con la sensibilidad religiosa de los pueblos, evoca el dominio socio-cultural europeo en la escena política del mundo; hace pensar que Europa y Roma son el centro de la Verdad y que ésta necesita para irradiarse e imponerse en todo el mundo de grupos especializados como las congregaciones misioneras y los misioneros europeos. La misión ad gentes querría acabar con el pluralismo religioso, consciente de que solo el cristianismo puede llenar todas las aspiraciones del ser humano. La “missio ad gentes” da la primacía a la proclamación verbal, como vehículo de la misión cristiana; y de modo especial la proclamación verbal y explícita de la unicidad y exclusividad de Cristo para la salvación de los no-cristianos. Para no pocos, el cristianismo es la religión del hombre blanco [11].

- El tema del pluralismo religioso ha de ser contemplado como una realidad que forma parte del paisaje asiático. La misión no ha de ser en-

tendida como confrontación, sino como relación y creación de relaciones, diálogo y consenso, armonía y solidaridad. Lo que se pretende que es el evangelio cristiano y las iglesias locales hagan una auténtica inmersión en las realidades de Asia y que se comprometan al triple diálogo: culturas, religiones y pobres. En este diálogo se reconoce que hubo historia de Salvación en Asia antes de que llegara el cristianismo. Que el Espíritu actúa y está presente. Antes de llegar el cristianismo Asia no es como una "tabula rasa". Dios se reveló, Dios actuó allá: "hay que discernir la mano de Dios en todas estas aspiraciones, movimientos e iniciativas". [12]

- Desde estos presupuestos, se configura así una estrategia de misión que no está dirigida a los pueblos de Asia, sino más bien entre los pueblos de Asia: en esencia, es una misión inter gentes. La única pretensión de la misión no es el interés propio, ni el crecimiento de la Iglesia, sino por el Reino de Dios, para que sus valores se hagan presentes en todos los pueblos. No se pretende una iglesia triunfante en Asia, sino una iglesia servidora, en actitud de humildad y kénosis. Se pasaría de una cuantificación de la misión por los números a una cualificación de la misión por su influjo en la salvación del mundo.

Este modelo de misión "inter gentes" valoriza la relacionalidad, el diálogo, el consenso, la solidaridad, la armonía. Lo que pretende este modelo es una "inmersión" del Evangelio y de las iglesias locales en las realidades de Asia, en servicio y solidaridad con las iglesias de Asia. La misión inter gentes es una misión en medio de los pueblos de Asia. Este modelo de misión contempla cómo el Espíritu Santo ha actuado la historia de la salvación mucho antes de que vinieran los misioneros cristianos a Asia. El énfasis del magisterio de los obispos asiáticos en la solidaridad, compañerismo y alianza con los pueblos de Asia hace referencia a una auténtica "missio inter gentes".

### 3. El futuro utópico: la misión "trans-"

La misión "inter gentes" no es el punto final de la misión. La misión "inter" florece en la misión

"trans". La misión no tiene la finalidad de la victoria de unos sobre otros, de una religión sobre otra, de una cultura sobre otra, de una confesión sobre otra. La misión tiene como objetivo un "trans-" para nosotros desconocido, en el cual emergerá el Reino de Dios, la Nueva Jerusalén.

Estamos en un tiempo en el que no solamente utilizamos las palabras determinadas por la partícula "inter". En lo que a nosotros se refiere hablamos de unimos la partícula inter a culturalidad, religiosidad, nacionalidad, confesionalidad, congregacionalidad [13].

Ha de llegar un momento en el cual se reúnan todas las riquezas de las naciones, de las gentes, de las personas. Ha de llegar el momento en el cual en ese "trans-" nadie se sienta venido en aquello que ha recibido del Espíritu del Señor, pero sí se descubran con una nueva identidad en la cual todo lo mejor sea integrado: cuando Dios sea todo en todos.

## IV. EL SUJETO DE LA MISIÓN: LA MISIÓN COMPARTIDA

### 1. El sujeto de la Misión: la Iglesia

Pero, somos Iglesia. Y por eso, esta vuelta a las fuentes y esta mirada a la realidad no debemos realizarla individual o grupalmente, sino católicamente, inclusivamente. No debemos recurrir al Concilio Vaticano II y olvidarnos de casi cincuenta años de vida eclesial con la cual se está en constante polémica y antagonismo. El Espíritu que animó al Concilio, ha animado también a la Iglesia posconciliar. La Iglesia posconciliar, especialmente en su camino sinodal -realizado a todos los niveles-, ha profundizado y configurado el concepto de misión y lo ha contextualizado como nunca hasta entonces. Es la Iglesia de Medellín, Puebla, Santo Domingo, Aparecida, es la Iglesia de los sínodos africanos y europeos, es la Iglesia de Asia y sus propuestas innovadoras. El método sinodal ha ido cambiando el rostro de la Iglesia mucho más de lo que imaginamos. Es verdad, que la cultura sinodal (=caminar juntos) no se impone de la noche a la mañana en una comunidad de más de 1000 millones de creyentes. Pero no cabe duda que con el paso del tiempo nos hace ver que la Igle-





sia de la segunda década del siglo XXI no será la Iglesia de los años 50 del siglo pasado. Me parece injusto que se juzgue a la Iglesia a partir de pequeños episodios -ciertamente lamentables- que puedan suceder en cada momento. La Iglesia es mucho más. Y son las grandes perspectivas que el Espíritu le abre, las que hemos de seguir. Pues bien, es a partir de aquí, desde donde quiero abordar, en esta conferencia, la reflexión sobre la Misión.

Pero quisiera decir más: la teología de la misión en cuanto tal ha experimentado en estos últimos años un notable avance. Se han abierto nuevas perspectivas al enraizarla en la Trinidad y reubicarla en una eclesiología de misión y en un contexto de diálogo interreligioso, intercultural y en diálogo de vida con los desplazados y empobrecidos [14]. Esto se debe tener en cuenta para no quedar atrapados por un pasado que ya pasó.

## 2. La “Misión compartida”

En las dos últimas décadas los institutos de vida religiosa han introducido en su lenguaje la expresión “misión compartida”. Ha tenido mucho éxito y se ha convertido en una de las claves del gobierno, de la formación, de la visión y de la misión. No obstante, existe el peligro de convertirla en un simple slogan al que se recurre sin tener conciencia de lo que implica.

### *a) La raíz de este fenómeno: el carisma compartido*

Uno de los fenómenos más llamativos dentro de la vida religiosa de nuestro tiempo es la toma de conciencia del “carisma compartido”.

Se ha descubierto, con una especial intensidad, cómo los carismas que dan perfil a los diversos institutos religiosos no son únicamente “carismas” para la vida religiosa y para ser vividos y explicitados en ella, sino también carismas para ser compartidos con otras formas de vida cristiana e incluso no-cristiana.

Esto no niega que la misma forma de vida (monástica, conventual, apostólica, consagrada -según la denominación común entre nosotros-) no sea, en sí misma, carismática. Y, por tanto, es justo reconocer que el Espíritu ha concedido a través de personajes fundadores carismas que han tenido como objetivo fundar una peculiar forma de vida cristiana. Es lógico deducir que estos carismas fundantes de la forma de vida, no puedan ser compartidos con otras formas de vida y que, por lo tanto, procure cada uno vivir según la forma de vida y estado al que ha sido llamado (1 Cor 7,17-22).

No debemos olvidar que la Iglesia está siempre bajo el liderazgo y la dinamización interior del Espíritu. Él sopla como el viento, que no sabes de dónde viene ni a dónde va (Jn 3,8), el concede sus dones como quiere, a quien quiere y por el tiempo que quiere. La acción del Espíritu no puede ser sometida a nuestros esquemas mentales, ni a nuestras previsiones. La Santa Ruarh concede, como primicia, a veces a presbíteros, otras a seglares, otras a religiosos o religiosas, algún don que ha de ser vivido y compartido por otros. Se trata de carismas que resaltan algún aspecto particular del Evangelio (por ejemplo, alguna de las Bienaventuranzas), que se centran en algún rasgo del misterio de nuestro Dios y lo ponen de relieve (por ejemplo, la Providencia), en algún servicio a la Iglesia o a la

comunidad humana (por ejemplo, la educación o la hospitalidad). Con el despliegue de ese potencial carismático, frecuentemente cultivado en una pequeña agrupación de vida religiosa masculina o femenina, se percibe que se transmite a laicos, a ministros ordenados, a varones o a mujeres y éstos sienten al iniciador o la iniciadora carismática como “algo suyo”. Resultado de esto es que carismas de hospitalidad, compasión, misericordia, amparo, providencia, evangelización, educación, catequesis, atención a las diferentes formas de pobreza... son reconocidos como dones que el Espíritu concede a personas de diversas formas de vida para que expresen y actúen ese dinamismo carismático en la misión y en la vida espiritual de la Iglesia. El carisma es, en este caso, laical y religioso y ningún grupo puede reivindicar para sí el derecho absoluto de propiedad, ni el monopolio.

El “carisma compartido” configura de una manera peculiar la Iglesia y crea eso que últimamente hemos llamados “familias” carismáticas. Es un fenómeno éste que debe ser tenido en cuenta, en la eclesiología. Quienes no comprenden esto, acusan a la vida religiosa de tener un excesivo contacto con el laicado e incluso de incitar al laicado a abandonar la parroquia, las estructuras diocesanas, para formas grupos eclesiales paralelos bajo el amparo de una congregación religiosa.

No es el derecho canónico el que configura la Iglesia. Es el Espíritu Santo. Hay que estar muy atentos para descubrir por dónde el Espíritu lleva a la Iglesia y cómo la configura. Y el fenómeno al que me refiero es uno de ellos. En la Iglesia hay formas estables de vida, hay movimientos, hay familias carismáticas.

Este panorama legitima el que haya entre nosotros personas con una identidad carismática “compleja”. En determinadas personas se cruzan diversas pertenencias carismáticas, que no deberían sorprendernos: que uno sea franciscano y al mismo tiempo pertenezca a la renovación carismática o a los focolares. O que alguien que pertenece a los neocatecumenales se sienta muy identificado con el carisma de san Juan de Dios y lo explicita en su vida. Quien es agradado con el Espíritu puede hablar diversas lenguas. Las estructuras eclesiales debe dar

nombre y estabilidad a los maravillosos caprichos del Espíritu y no encorsetarlo.

La vida consagrada está descubriendo en este último tiempo su conexión carismática con otras personas y grupos pertenecientes a otras formas de vida consagrada y de vida cristiana. Hay personas, más allá de quienes pertenecemos oficialmente a los institutos, que sienten profundas afinidades afectivas, espirituales y misioneras con nuestros fundadores y con el proyecto carismático y misioneros de nuestros Institutos. Creemos que esto se debe a que el mismo Espíritu que nos anima, actúa también en ellos.

La vida consagrada está, por ello, descubriendo una nueva estructura bajo la cual se integran y entran en comunión todas aquellas personas (mujeres o varones, de una forma de vida cristiana u otra) que se sienten agraciadas con el mismo don carismático. Esa estructura es “la familia carismática”. En estos últimos años la conciencia de mutua pertenencia bajo un mismo carisma colectivo ha ido creciendo. Ahí están las familias carismáticas trinitaria, franciscana, agustiniana, dominicana. Este acontecimiento es de tal entidad que la exhortación “Vita Consecrata” lo reconoce y afirma que “el carisma de un instituto de vida consagrada puede ser compartido con los laicos” (VC, 54).

Esta nueva realidad lleva a los institutos religiosos a replantearse de nuevo el tema de la herencia carismática. Son nuevas las alianzas que hay que establecer y debe ser re-definida la identidad. El carisma no puede ser monopolizado por un grupo. La renuncia al monopolio requiere generosidad, esperanza, hasta que se construya la “casa común” del carisma. Y juntamente con la casa común hay que recrear un lenguaje habitable por todos que permita el mutuo entendimiento en las mismas claves; establecer estructuras comunes en las cuales todos se sientan “en casa”; crear espacios de convivencia, espiritualidad y formación que permitan compartir y hacer crecer verdaderamente la herencia carismática. Las estructuras de comunión no deberían ser obstáculo para la legítima autonomía e identidad de cada una de las formas de vida (VC,70). Entre todos deberán discernir y establecer cómo se expresa el único

carisma y misión en la forma de vida consagrada, o en la vida laical-seglar, o en el ministerio ordenado, en lo masculino o en lo femenino.

#### *b) Misión compartida en clave teológica*

Desde esta perspectiva previa hablamos de “misión compartida”. Es cierto, y esto tiene que ser afirmado ante todo, que la misión -en su sentido teológico- es siempre (y no puede ser de otra manera) “misión compartida”. Ya lo dijo axiomáticamente el Concilio Vaticano II, cuando en el decreto “*Apostolicam Actuositatem*” sobre el Apostolado de los laicos, n.2 afirmó: “*Est in Ecclesia unitas missionis, pluralitas autem ministerio*” (“Hay en la Iglesia unidad de misión y pluralidad de ministerios”). La unidad de misión requiere, por lo tanto, que sea compartida y que los diversos ministerios tengan todos ellos, en cuanto servicios, como objetivo realizar la única misión.

La misión, en su sentido más teológico, es “*missio Dei*”, como dijimos anteriormente; en este sentido es siempre “misión compartida”, es la gran conspiración que partiendo de Dios mismo nos concita a todos los creyentes y a todos los seres humanos de buena voluntad.

Sin embargo, en esta reflexión quiero centrarme en la “misión compartida” que surge del “carisma compartido” -del cual acabo de hablar - y deseo exponer ahora cuál es su dinamismo y también cuáles son sus perspectivas de futuro.

El carisma compartido se expresa como espiritualidad y misión o como misión y espiritualidad. De ahí, que pueda hablarse de “espiritualidad compartida o común” y de “misión compartida”, aunque quienes pertenecen a distintas formas estables de vida o instituciones diferentes.

Es ahora el momento de valorar la energía aportada a la Iglesia por las familias carismáticas, desde la perspectiva de la misión y de la espiritualidad. El carisma lasaliano, por ejemplo, compartido por religiosos y seglares, hombres y mujeres, miembros de diferentes denominaciones cristianas -todos ellos asociados- es un foco de misión y de espiritualidad muy importante para la Iglesia y para nuestra humanidad. El Espíritu Santo, a quien Herbert Mühlen se refiere como “una persona mística” o “una

persona en varias personas”, es el agente admirable y trascendente de estos fenómenos de asociación carismática, misionera y espiritual.

#### *c) Siete principios*

Es admirable descubrirse como grupo enviado, como familia enviada por Aquel que envió a Jesús y ahora envía en el Espíritu, desde un don colectivo que a todos anima y potencia. De ello se deducen algunas convicciones importantes que quiero destacar:

- La misión carismática, o la contribución de una familia carismática a la única misión, al no nacer principalmente de una iniciativa humana, sino del Espíritu, requiere un permanente estado de atención a los signos del Espíritu, de discernimiento, de docilidad a sus inspiraciones y mociones. No hay misión carismática sin espiritualidad que la sustente en todo momento: una espiritualidad comunitaria, familiar.

- En principio no se deberían establecer jerarquías, ni rangos entre los agraciados con el carisma. Los laicos no deberían ser considerados como personas “de segunda categoría”, o como meros ayudantes de los religiosos. Esto quiere decir, que las instituciones de la vida religiosa no deberían autoerigirse en “la primera instancia” de gobierno, de economía, de liderazgo. A lo más, deberían hacerlo para iniciar y facilitar el proceso, como una especie de tutoría iniciática, para dar lugar después a una responsabilidad y liderazgo compartido.

- Da derecho a participar en la misión compartida el haber sido agraciado o agraciada con una llamada peculiar de Dios a compartir un peculiar carisma dentro de la Iglesia, a vivirlo según una peculiar espiritualidad y a actuarlo según una peculiar contribución a la misión de la Iglesia. Sin vocación, la misión compartida deviene una mera colaboración por amistad o simpatía en diversos trabajos; pero no tiene el rostro de una vocación carismática a la misión, que proviene de Dios.

- La vocación carismática se despliega a través de un proceso de configuración con Cristo Jesús, tanto en la forma de vida religiosa, como en la forma de vida laical. Hay un camino espiritual y formativo que ha de ser compartido, por una parte, y diferenciado por otra. De este re-

quisito no se debe prescindir. Sin formación la misión se deforma, la espiritualidad se deforma. Por eso, entre todos deben establecer estructuras formativas de “misión conjunta o compartida”.

- La misión compartida no es discriminatoria, ni excluyente. Evita el peligro de escoger a los compañeros o compañeras de misión (laicos o religiosos), excluyendo a otros u otras por las razones que sean. No somos nosotros quienes llamamos a esta vocación, sino el Espíritu del Señor. Acogemos a los hermanos o hermanas que Dios nos da. La misión compartida respeta la identidad de la forma de vida cristiana de cada uno: no desdibuja la identidad del religioso, ni del laico, del célibe ni del casado. Esto pide un respeto exquisito hacia el otro, el diferente: respetar sus ritmos, sus procesos, sus comunidades más íntimas de pertenencia.

- La misión compartida tiene un perfil carismático que hay que cuidar y favorecer. No tiene como objetivo trabajar, sin más, en lo que sea, sino la especialización carismática en el modo de contribuir a la misión de la Iglesia y de vivir una espiritualidad.

- La misión carismática compartida adquirirá cada vez más la configuración de una “red” o “redes” que hagan realidad y concreten los sueños del Espíritu a través de los personajes fundadores y las familias espirituales.

*d) El necesario cambio de mentalidad: metanoia*

La visión de la “misión compartida” está implicando mucho más de aquello que sospechábamos. Nos está llevando más allá de las barreras, antes establecidas, de los “estados de vida cris-



tiana”. Los estados de vida cristiana, como por ejemplo, el estado religioso, o el estado clerical, eran considerados auténticos compartimentos estancos, cerrados. Ahora hablamos más bien de “formas de vida cristiana” o “formas estables de vida cristiana”. La forma con una necesaria estabilidad está sometida también a procesos de transformación. Esta correlación carismática, querida por el Espíritu, de las formas de vida, nos transforma a todos. Y toda transformación requiere una apertura de mente y de corazón, una auténtica “metanoia” o cambio de mentalidad. Para que esto sea posible, yo propondría los siguientes pasos:

- Desterrar de nuestra mentes varias confusiones que se producen como identificar “misión compartida” con “trabajo compartido”; aunque la misión implique trabajo, la misión es, ante todo, compromiso de colaboración con el Espíritu Santo; es compromiso es al mismo tiempo pasividad y actividad, contemplación y acción, gratuidad y ganancia. O la confusión de identificar la misión compartida con un voluntariado que ayuda gratuitamente a los institutos religiosos, los cuales cuentan con él a discreción o precinden también a discreción.

- Llegar a la convicción de que los religiosos no somos los propietarios del carisma. Por lo tanto, todo lo que tenga que ver con el carisma ha de ser reflexionado conjuntamente, en familia. Esta conciencia configurará de forma nueva instituciones como los Capítulos Generales, las grandes Asambleas, los sistemas formativos, las estructuras económicas, los textos constitucionales y los Directorios.

- Pasar de la creencia de que la misión compartida es algo opcional, a la convicción de que es algo necesario. Por eso, implica entrar en una fase de auténtico ecumenismo carismático interno, sometido a las normas del diálogo intelectual y del diálogo de vida, que todo ecumenismo exige.

- La misión compartida nace de modo espontáneo cuando hay conciencia de que somos familia carismática y evitamos todo tipo de separación, confrontación, discriminación, para vivir juntos como hermanos y miembros los unos de los otros, gracias al Espíritu. De la comunión de

vida surge el deseo de compartir la misión que nos viene de Dios y de llegar a proyectos y acciones concretas. La misión compartida se convierte así en el modo normal de misión para un instituto religioso.

## CONCLUSIÓN

Quien se entrega a la misión compartida, nada pierde. Todo lo gana. Crece mucho más allá de sí mismo. Es así cómo la Iglesia es “cuerpo de Cristo” en “crecimiento perenne” (*Mutuae Relationes*). Es así cómo se construye la “eclesiología de comunión misionera”. Las formas de vida cristiana, los ministerios, los carismas o energías carismáticas aprenden el arte de la correlación, el mutuo influjo. El ministerio ordenado no suprime, ni apaga, ni se impone unilateralmente, sino que se torna mediación de encuentro, de sinergia, de reunión de todos para que nada se pierda. Del mismo modo, cada uno busca aglutinarse al Cuerpo de Cristo para no ser “sarmiento” que se seca y es quemado en el fuego de la destrucción [15].

Si tenemos presente que la categoría de comunión (y participación) es clave para la comprensión de la *Lumen Gentium* y que la categoría de servicio (y misión) es clave para la comprensión de la *Gaudium et Spes*, hoy podemos afirmar que la mayor novedad del Concilio es presentar una Iglesia comunión misionera. La comunión eclesial es comunión-misionera, o sea, una Iglesia que a la hora de configurar su identidad y su misión, su ser y quehacer, continuamente debe mirar al mundo y a la historia. A partir de la “*Christifideles Laici*”, Juan Pablo II utilizó la expresión “comunión misionera” para referirse a la identidad y misión de la Iglesia-comunión.

La misión compartida está siempre abierta a nuevas inclusiones, sean de género, de raza, de cultura, de confesión... Situarse en clave de “misión compartida” es propio de una Iglesia “católica” en el sentido más etimológico de la palabra: iglesia “según el todo”. No es católica aquella misión que sólo se plantea desde “la parte”, la parcialidad, desde la unilateralidad.

Es aquí donde la misión de la Iglesia conecta con la misión compartida de la humanidad. Lo descendente corresponde a lo ascendente, la

“*missio Dei*” conecta con la “*missio humanitatis*”.

La misión no será sólo un regalo que la comunidad cristiana hace a la humanidad, sino un regalo que Dios nos hace a todos, cuando entramos en relación mutua, en “*missio inter gentes*”, y cuando soñamos con el “*trans-*” todavía indescriptible pero que ya se va vislumbrando.

## NOTAS

[1] Cf. Mi artículo: La misión: la clave para entender la vida consagrada hoy, publicado en varias lenguas y lugares: cf, [http://sedosmission.org/old/spa/paredes\\_1.htm](http://sedosmission.org/old/spa/paredes_1.htm); y también en mi libro: Teología de las formas de vida cristiana, vol. 3, Publicaciones Claretianas, Madrid 1996; cf. JACQUES GADILLE, La incesante conversión a la *missio Dei*. Un recorrido histórico, en “*Spiritus*” (ed. Latinoamericana) 48 (2009), pp. 38-46.

[2] La dimensión pneumatológica es una de las más olvidadas, incluso cuando se habla de la “*missio Dei*”. Esta dimensión está muy bien resaltada en autores como: CHRISTOPHER DURASINGH, From Church-shaped misión, to misión shaped-Church, en “*Anglican Theological Review*”, 92 (2010), pp. 7-28.

[3] General Synod of the Church of England (1996), The five marks of Mission and Issues in mission; ANDREW WALLS AND CATHY ROSS, A Theology of Mission for Today; Mission in the 21st Century: Exploring the Five Marks of Global Mission, Maryknoll, N.Y.: Orbis Books, 2008; cf. PAUL H. CHO, Between Edinburgh 1910 and 2010: Changing Theological Views of Mission, en “*Modern Believing*” Juli (2010), pp. 16-24.

[4] Cf. Nestor Inacio Schwerz, *Contemplatii nella missione*, publicado en la página web de SEDOS: [http://www.sedosmission.org/site/index.php?option=com\\_docman&task=cat\\_view&gid=257&Itemid=59&lang=es](http://www.sedosmission.org/site/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=257&Itemid=59&lang=es)

[5] Cf. WILBERT R. SHENK, Recasting Theology of Mission: Impulses from the Non-Western World, en “*International Bulletin of Missionary Research*”, July 2001, p. 104. Cf. Cf. STEPHEN BEVANS - ROGER SCHROEDER, Constants in

Context: Theology of mission for today, Orbis Books, New York 2004; Ian Corbett, The Theology of Mission in Contemporary Practice, en "Anglican Theological Review" december (2010), pp. 117-121.

[6] Cf. WATI LONGCHAR, JOSEF R WIDYATMADJA, AND M. R JOSEPH (eds.), They Left by Another Road: Rerouting Mission and Ecumenism in Asia, Chiangmai, Thailand: Christian Conference of Asia, 2007; KEN CHRISTOPH MIYAMOTO, God's Mission in Asia, Eugene, Ore.: Pickwick Publications, 2007; LALSANGKIMA PACHUAU (ed), Ecumenical Missiology: Contemporary Trends, Issues and Themes, Bangalore, India: United Theological College, 2002.

[7] JONATHAN Y. TAN, "Missio inter gentes": towards a new paradigm in the Mission Theology of the Federation of Asian Bishop's Conferences, Koninklijke Brill NV, 2004.

[8] AMALADOSS, MICHAEL, "Pluralism of Religions and the Proclamation of Jesus Christ in the Context of Asia", en CTSA Proceedings 56 (2001), pp. 1-14; "Missionary Challenges in Asia" en Jeevadhara 30 (2000), pp. 339-350; "The Challenges of Mission Today", en William Jenkinson and Helene O'Sullivan, eds., Trends in Mission: Toward the Third Millennium, Orbis Books, Maryknoll, NY (1991), pp. 359-397; BEVANS, STEPHEN, "Inculturation of Theology in Asia (The Federation of Asian Bishops Conferences, 1970-1995)" en Studia Missionalia 45 (1996), pp. 1-23; BOSCH, DAVID, Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission, Orbis Books, Maryknoll, NY (1991); BURROWS, WILLIAM R., "A Response to Michael Amaladoss", en CTSA Proceedings 56 (2001), pp. 15-20; CBCI (Catholic Bishops' Conference of India, "Responses to the Lineamenta", en East Asian Pastoral Review 35 (1998), pp. 112-129; CHIA, EDMUND, Thirty Years of FABC: History, Foundation, Context and Theology, en FABC Papers No. 106 Hong Kong (2003); COLOMBO, D. (ed), Enchiridion Documenti della Chiesa in Asia: Federazione delle Conferenze Episcopali Asiatiche. 1970-1995, EMI, Bologna (1997); DORR, DONALD, Mission in Today's World, Orbis Books, Maryknoll, NY (2000); EILERS, FRANZ-JOSEF (ed), For All The Peoples of Asia Volume 2: Federation of Asian Bishops' Conferences Documents from 1992 to 1996, Claretian Publications, Quezon City (1997); For All The Peoples of Asia Volume 3: Federation of Asian Bishops' Conferences Documents from 1997-2001, Claretian Publications, Quezon City (2002); FERNANDO, LORENZO, "CBCI and FABC on Religious Pluralism", en Vidyajyoti 64 (2000), pp. 857-869; FOX, THOMAS, Pentecost in Asia: A New Way of Being Church, Maryknoll, Orbis Books, NY (2002); PHAN, PETER, C., "Ecclesia in Asia: Challenges for Asian Christianity", en East Asian Pastoral Review 37 (2000), pp. 215-232; Review of Paul Knitter, Introducing Theologies of Religions, en Horizons 30 (2003), pp. 113-117; QUATRA, MIGUEL MARCELO, At the Side of the Multitudes: The Kingdom of God and the Mission of the Church in the FABC Documents (1970-1985), Claretian Publications, Quezon City (2000); SANNEH, LAMIN, Whose Religion is Christianity?, William B. Eerdmans Publishing Company, Grand Rapids, MI (2003); WILFRED, FELIX, "Inculturation as a Hermeneutical Question", en Vidyajyoti 52 (1988), pp. 422-436; "Fifth Plenary Assembly of FABC: An Interpretation of its Theological Orientation", en Vidyajyoti 54 (1990), pp. 583-592.

[9] Así lo hizo en su respuesta a Michael Amaladoss en la conferencia titulada "Pluralism of Religions and the Proclamation of Jesus Christ in the context of Asia" y que él tuvo en la 56 Convención anual de la Sociedad católico-teológica de America Cf. BURROWS, WILLIAM R., "A Response to Michael Amaladoss", en CTSA Proceedings 56 (2001), pp. 15-20.

[10] DORR, DONALD, Mission in Today's World, Orbis Books, Maryknoll, NY (2000), p. 189

[11] Por ejemplo, musulmanes Malayos de Malaysia se sigue refiriendo a la cristiandad como agama orang putih (literalmente, la religión de los pueblos blancos). En contraste, Scott Sunquist dijo que "la cristiandad es una religión mundial que ha sido durante mucho tiempo dominada por el Occidente" (citada por Burrows 2001: 19); cf. también Sanneh 2000.

[12] BIRA IV/11, art. 5, in Rosales 1992: 318-319.

[13] Cf. ROGER HAIGHT, Christian Community in History, vol 1: Historical Ecclesiology, Continuum, New York, 2004; R. HAIGHT, Christian Community in History, vol 2: Comparative Ecclesiology, Continuum, 2005; R. HAIGHT, Christian Community in History, vol 3: Ecclesial Existence, Continuum, 2008; cf. también P. AVIS (ed.), The Christian Church: An Introduction to the Major Traditions, SPCK, Londres 2002; E. LEROY LONG, Patterns of Polity: Varieties of Church Governance, Pilgrim Press, Cleveland 2001; W. C. SMITH, Towards a World Theology: Faith and the Comparative History of Religion, Orbis, Maryknoll 1989; J. DUPUIS, Jesucristo al encuentro de las religiones, Paulinas, Madrid 1991; EUGEN BOROWITZ, FRANCES W. SCHWARTZ, A touch of the sacred, Jewish Lights, 2007 (sobre el judaísmo transdenominacional); ALISTER E. MCGRATH, Christian Theology, Willey Blackwell, 2011.

[14] Cf. DURAISINGH, CH., From church-shaped mission to mission-shaped church, en "Anglican Theological Review" 92 (2010), p 7-28; BOSCH, DAVID J., Transforming Mission: Paradigm Shifts in Theology of Mission, Maryknoll, NY, 1991; KIRK, J. ANDREW, What Is Mission? Theological Explorations, World Vision Publications, Monrovia, 2000; ID., Mission under scrutiny. Confronting contemporary challenges, Fortress Press, 2006; WRIGHT, CHRISTOPHER J. H., The mission of God, Intervarsity Press, 2006; ESCOBAR, SAMUEL, The new global Mission, Intervarsity Press, 2003; DÜRR, WALTER M., Christliche Gemeinschaft in der Spannung von Sammlung und Sendung, Accademic Press Fribourg, 2004; TAN, JONATHAN, Y., Missio inter gentes. Towards a new paradigm in Mission Theology of the Federation of Asian Bishops' Conferences, Brill Academic Publishers, 2004.

[15] El Concilio Vaticano II abrió nuevos horizontes y nos transmitió una imagen de Iglesia como "koinonía" o "communio" del Pueblo de Dios siguiendo la imagen de la Trinidad. En 1985 el segundo Sínodo extraordinario de los Obispos confirmó el camino postconciliar a partir de una afirmación central que Juan Pablo II retomó en su Exhortación Post-sinodal Christifidelis Laici (ChL): "la eclesiológica de comunión es una idea central y fundamental en los documentos del Concilio" (ChL 19).